

"Y de esta manera se llenaron de alegría,  
porque habían descubierto una hermosa tierra,  
llena de deleites, abundante en mazorcas amarillas  
y mazorcas blancas y abundante también en patáxte y cacao; y en innumerables zapotes,  
anonas, jocotes, nances, mátsanos y miel.  
Abundancia de sabrosos alimentos había en aquel pueblo".

(Popol Vuh. Antiguas Historias del Quiché).

## EDITORIAL

La satisfacción de las necesidades básicas de todo el pueblo salvadoreño es, sin duda alguna, el punto neurálgico al cual debe recurrirse si se quiere entender la historia pasada, la presente y, la que está aún por hacerse de este país. Esto es importante tenerlo en mente para no caer en el error de invertir los términos a la hora de buscar explicaciones y salidas a la actual situación que vive El Salvador. Si bien el conflicto bélico ha venido a agravar las condiciones de vida de los sectores mayoritarios del pueblo, estos mismos sectores en tiempos "normales" de pre-guerra, no tenían la capacidad de satisfacer sus necesidades básicas y poder reproducir su vida física y espiritual en el pleno sentido de la palabra, debido a sus bajos niveles de ingresos; su casi inexistente patrimonio; y la relativa falta de organización.

Es paradójico pero, en 1978, al tiempo que el control del aparato productivo estaba en manos de una minoría que hacía que las decisiones económicas fundamentales de "qué, cómo y para quién producir" se tomaran en función de intereses o criterios no sólo privados, sino que a lo sumo, de no más del 4% de la población, habían 509, 592 salvadoreños pertenecientes a la población económicamente activa que ganaban menos de ₡ 100.00 mensuales cuando el costo de la dieta mínima recomendada semanalmente por familia era de ₡ 132.00; 40% de la población vivía en condiciones habitacionales y ambientales de total hacinamiento y peligrosas para la salud; y, el salvadoreño promedio tenía la oportunidad de pasar consulta donde un dentista una vez cada diez años.

Todos los argumentos que insisten en que: "hay desempleo por el sabotaje y las reformas"; "hay pobreza porque la política de redistribución de ingresos ha destruido los incentivos y por consiguiente ha bajado la productividad";

y "El Salvador es pobre porque somos un país con escasos recursos y con una población cada vez más numerosa", no hacen más que revelar la racionalidad económica que subyace en el fondo de dichas afirmaciones y parcializar las verdaderas causas del conflicto salvadoreño. De acuerdo a estas concepciones, el reclamo a la justicia social parece ser un mal en sí, no habiendo más justicia que la justicia del mercado donde cada quien tenga "libertad" de comprar lo que quiera o movilizarse a donde quiera; y el criterio de enjuiciamiento sobre la historia de nuestro país sea el del cálculo de inversión-ganancia.

Pero, ¿cómo hablar de libertad y racionalidad individual, cuando los modelos económicos y políticos previos a octubre de 1979, y los que se han aplicado posteriormente han sido incapaces de garantizar el derecho a la vida para cada uno de los salvadoreños? Si la sociedad salvadoreña ha sido incapaz de que la mayoría del pueblo logre reproducir su vida satisfaciendo sus necesidades básicas, no es de extrañarse que ante los ojos de la mayor parte de sus habitantes, aparezca ésta, como una sociedad irracional, cuestionable y sin legitimidad alguna.

En este sentido, el Papa Juan Pablo II, analizando las situaciones que se viven en la mayoría de países del llamado "Tercer Mundo" ha dicho que "la formación de toda la economía es la coordinación justa y racional de la División Social del Trabajo" y que "hay que hacer esfuerzos encaminados a construir la justicia sobre la tierra, no escondiendo con ello las estructuras injustas, sino exigiendo un examen de las mismas y su transformación en una dimensión más universal". Lo anterior es completamente vigente y aplicable al caso salvadoreño.

Con este número, el Boletín quiere aportar al entendimiento científico de las verdaderas y sentidas necesidades de vida de la inmensa mayoría de nuestros compatriotas, con la perspectiva de que, el reconocimiento de estas condiciones nos lleve a la reflexión y a la toma de conciencia de qué necesitamos: más que nuevos proyectos de muerte, de guerra; de aumentos de gastos militares y de maniobras por cielo, mar y tierra; de insatisfacción e injusticia; la búsqueda de nuevos modelos para salvaguardarle la vida, el pan, el trabajo y el techo a cada uno de los salvadoreños.

Queremos demostrar que, cualquier tipo de arreglo político y proyecto futuro; sea este electoral o negociado, que se implemente en este país, deberá tomar en primera y última instancia, la satisfacción de las necesidades básicas de la inmensa mayoría de los salvadoreños como principio de su racionalidad económica. Su marco general deberá basarse en aquellas políticas enfiladas a crear el pleno empleo y la redistribución de los ingresos que le garantice a cada uno de los salvadoreños, su posibilidad de satisfacer sus necesidades materiales y espirituales básicas, independientemente del carácter concreto del trabajo que ejerza y realice. Solamente así reencontraremos el camino de la paz y nos llenaremos de alegría porque habremos descubierto "una hermosa tierra, abundante en mazorcas amarillas y mazorcas blancas... abundante de sabrosos alimentos".

Septiembre de 1983.